

Capítulo 14

¿Los sindicatos obreros tienen futuro?

Por cada \$5,000 dólares invertidos se puede usted deshacer de un trabajador. Las máquinas no tienen vacaciones, ni pensiones, ni prestaciones.

Un dirigente de la AFL-CIO, 1963

"Creo que mucha gente piensa que los sindicatos han rebasado su tiempo útil", dijo Richard L. Leshner, Presidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos. Y es cierto que los sindicatos están a la defensiva. Su membresía ha ido declinando de manera constante durante los últimos treinta años, hasta que hoy en día es compuesto por solamente el 20 por ciento de la fuerza de trabajo. Son incapaces de movilizar a nuevos miembros para sustituir a los que pierden. Antes de 1974 siempre ganaban más de la mitad de las elecciones de representantes cada año, pero desde esa fecha su porcentaje de triunfos ha disminuido año con año, de manera que en las 4,320 elecciones que se llevaron a cabo en 1982, su porcentaje fue de sólo 44%. Incluso allí donde los sindicatos se han ganado el derecho a la negociación, un estudio de la AFL-CIO (Federación americana de trabajo) muestra que cinco años después de que los trabajadores han votado en favor de un sindicato una tercera parte de dichas elecciones no han desembocado en la firma de un contrato. En la década de 1970 eran raras las votaciones para desconocer a un sindicato dentro de un empresa. Hoy en día son cada vez más numerosas y tres de cada cuatro intentos tienen éxito. En 1982, 682 grupos de trabajadores votaron por desconocer a sus sindicatos.¹

La elección de la administración Reagan en 1980 y la aplastante reafirmación de la postura republicana en 1984 reflejan la capacidad de una amplia proporción de votantes para discernir la relación directa que existe entre una paga cada vez más elevada por una aportación de trabajo igual o menor y una economía que se hunde en una recesión evidente para todos, excepto los político contendientes.

Estas señales de una debilidad cada vez mayor de los sindicatos han costado al movimiento obrero organizado tanto salarios como prestaciones. Los incrementos salariales de 1983 fueron los más bajos de los dieciséis años que el Departamento de Labor lleva documentándolos. No sólo se han disparado en toda la economía las ganancias obtenidas por negociación colectiva, sino que ahora se hacen "concesiones de reducción" en salarios y prestaciones en todo tipo de industrias y empresas. Las huelgas se han vuelto menos efectivas como instrumentos de negociación. En la década de los 80 se han visto menos huelgas que en cualquiera otra desde la Segunda Guerra Mundial. Los patrones están más dispuestos a resistir la huelga, aun a riesgo de cerrar fábricas y tiendas. Se han endurecido las actitudes de los administradores y los fracasos de los sindicatos están a la orden del día. Ambos lados de la

mesa de negociaciones reconocen que el National Labor Relations Board, que antes de 1980 estaba dominado por miembros empeñados en ayudar a los trabajadores a aumentar su ingreso ahora refleja un cambio de actitud que emana de los miembros que el presidente Reagan ha nombrado en dicha comisión.

Aun Lane Kirkland, presidente de la AFL-CIO, ha especulado que la eliminación de grandes porciones de la legislación laboral vigente podría ser positiva. Detrás de estas palabras se encuentra la esperanza de que la cooperación activa entre varios sindicatos, ahora ilegales como "boicots secundarios" podría doblegar a los administradores. Esto es una clara evidencia de un grado extremo de frustración económica, puesto que Kirkland sabe perfectamente que si el movimiento obrero lograra reforzar sus salarios con una mayor asistencia social, los productores norteamericanos se verían en problemas y sería una forma de alentar a los competidores extranjeros. Thomas R. Donahue, secretario tesorero de la AFL-CIO, busca una solución en una "política industrial" en la cual la disminución del valor de mercado de trabajo se vería compensada por una reglamentación gubernamental, subsidios, una redistribución intensificada y la creación artificial de trabajo.²

Pero existen indicaciones de que el arma de negociación colectiva que no han utilizado hasta ahora los sindicatos --luchar por el derecho a obtener un ingreso como trabajadores capitalistas a través de la utilización del PAAE y de comprar para los empleados empresas y bienes de empresa que están en venta o en funciones-- no tardará en ser desenvainada. Esta es la única solución que engloba todos los males y garantiza beneficios para los empleados, los consumidores, los administradores, los accionistas y los propietarios, esto es, para todos los norteamericanos.

Cómo liberar a los sindicatos de productores de la economía monofactorial

Al aceptar el mito del aumento de la productividad del trabajo y utilizarlo para alcanzar la meta que Samuel Gompers (fundador del movimiento obrero norteamericano) resumió tan elegantemente como "más", los sindicatos han dirigido al movimiento obrero hacia un callejón sin salida, tanto desde el punto de vista económico, como político e ideológico. Salarios más altos por menos aportación de trabajo puede aparecer como más a corto plazo, pero la inmoralidad fundamental de esta idea (una vez expuesta la falsedad del supuesto), la inflación que provoca, así como el impacto de los continuos cambios tecnológicos acaban convirtiendo las ganancias ilusorias en menos: menos ingreso una vez descontada la inflación, menos producción global de bienes y servicios para la economía, menos seguridad de ingreso, menos empleo permanente (no de por vida), menos libertad económica de las penalidades de obtener su subsistencia, menos libertad política,

menos oportunidad económica y menos credibilidad moral.

Los líderes obreros y sus representados viven en el filo de la navaja de la realidad económica, y están bien conscientes de que, de hecho, está disminuyendo la productividad del trabajo. Saben que el factor dominante de la producción en todas las economías industrializadas es el capital. De manera general, aquel que trabaja por medio del capital es capaz de producir más --a veces en una proporción tan alta que resulta absurda-- y ganar más que la persona que sólo trabaja con su mano de obra.

En una sesión del Congreso en 1940, donde un representante obrero repitió la posición oficial en el sentido de que "las máquinas no son sino instrumentos para la multiplicación de la capacidad del hombre",³ otro líder obrero expresó una interpretación diferente:

Apenas el sábado pasado oía yo en el radio a un hombre que hablaba en favor del programa de electrificación rural, y decía que por cinco centavos de dólar un granjero podía comprar los suficientes kilowatts como para igualar todo un día de trabajo de un hombre, así que, sobre esta base, el trabajo humano queda reducido a 5 centavos. Ahora, si vamos a hacerle caso a los argumentos que dicen que la eficiencia del capital trajo esta eficiencia, que no fue el trabajo, que el trabajo debe pagarse lo que vale y no más, según estos parámetros el salario de un trabajador rural debe ser de 5 centavos diarios.⁴

Este hombre de hablar tan llano era Byrl Whitney, entonces director de educación e investigación de la Hermandad de los Ferrocarrileros. Dijo también: "Yo censuro a la conciencia social que construye estos mecanismos destinados a compensar el poco valor económico del trabajo humano, el cambio que ha ocurrido desde aquellas pocas salvajes, cuando la producción económica era humana en un 95 por ciento, hasta ahora, cuando es en un 2 ó 3 por ciento trabajo humano."⁵

Treinta años más tarde, para ilustrar la magnitud de la revolución de automatismo, un representante del movimiento obrero internacional y a la vez economista citó un cálculo de las Naciones Unidas que dice que "más del 80 por ciento del incremento del producto nacional bruto se debe hoy en día al progreso tecnológico y al capital". Este informe de la O.N.U. también estima que en los Estados Unidos y en Suecia, donde el promedio de los salarios y el nivel de vida es el más alto del mundo, la contribución del trabajo se calcula en sólo 10 por ciento del PIB. La tecnología y el capital suman el 90 por ciento.⁶

Para salvar al movimiento obrero del siglo XX del impasse ideológico en que lo ha colocado la historia, reconozcamos que el capitalismo plutocrático, con su perspectiva unifactorial, no dejó al pueblo más alternativa que la de unirse para luchar en contra de la ley

de la oferta y la demanda en lo que se refiere al precio de la mano de obra y la propiedad privada sobre el capital. A Samuel Gompers le bastaba referirse a su propia experiencia como liador de puros: "En mi oficio, los trabajadores estaban inermes ante la sustitución de la habilidad humana por las máquinas. Padecíamos constantemente reducciones salariales anuales ... necesitábamos protección de manera desesperada."⁷ Reconozcamos además que una sociedad que enfrenta el frágil trabajo humano contra el incansable poder de las máquinas y la interminable energía de la materia es tan primitiva y cruel como aquellas que, otrora, enfrentaban por deporte a los hombres contra las más feroces bestias en un combate a muerte. Al combinar estas dos condiciones con los métodos de financiamiento que limitan el acceso al crédito de inversión a los que ya son ricos, excluyendo así a la clase trabajadora, perpetramos la más flagrante negación de una protección igual por las leyes y mismos privilegios e inmunidades contra los trabajadores, al tiempo que tomamos su propiedad sobre su fuerza de trabajo (disminuyendo su valor) para fines públicos, sin otorgarles el juicio constitucional debido.

El mito del aumento de la productividad del trabajo llenó un vacío conceptual creado por la economía unifactorial. Pero este mito se ha revertido en contra de los sindicatos del siglo XX, y con creces. Protegido por él, el propietario del capital ha seguido acumulando el capital productivo que constituiría la verdadera fuente de prosperidad y poder industrial si su propiedad fuera democrática. Es más, existen pruebas circunstanciales de que ha habido un arreglo tácito pero consciente entre el movimiento obrero organizado y los administradores de las empresas en su propio beneficio mal comprendido que les permite transferir el ingreso de los consumidores y contribuyentes para sí mismos. Parece que los sindicatos no se fijarán demasiado en la concentración de la propiedad del capital mientras la administración redistribuya una gran parte de los salarios del capital al trabajo, cargando el resto del aumento de los ingresos del trabajo y la administración sobre los hombros de los consumidores y contribuyentes y mantengan un silencio estricto, aunque sospechoso, sobre el papel productivo cada vez menor de ambos.

El movimiento obrero del siglo XX ha heredado las estrategias y mecanismos que alguna vez le permitieron arrancar una parte del salario del capital de los dueños que lo concentran, pero que ahora obstaculizan la formulación de un nuevo papel de líder de los productores más conforme a las realidades de la producción y distribución modernas, por un lado, y por otro al hecho de que la producción económica depende de un dinámico poder de consumo y el universal deseo humano de vivir cada vez mejor. Esta herencia ya anticuada incluye la psicología del nosotros contra ellos que glorifica la confrontación entre el capital y el trabajo (o sus representantes), al tiempo que denigra el conocer el funcionamiento de

los negocios y las finanzas empresariales porque son el campo tradicional de "ellos", donde el trabajador desposeído está invadiendo propiedad ajena.

Si existen en realidad dos formas en que la gente puede participar en la producción y obtener un ingreso, entonces el sindicato de productores del mañana debe tomar en cuenta las dos. El problema económico del trabajador es obtener a través de su participación en la producción el ingreso suficiente para mantener un estilo de vida razonable que ha elegido para él y su familia. Es a la vez más fácil y más agradable producir este ingreso a través de su propio capital que padecer las angustias, la frustración y los obstáculos a la producción, así como la inflación que resultan cuando se recurre a un poder sindical de coerción y a una legislación que obliga a redistribuir una porción cada vez mayor del ingreso de los consumidores, los contribuyentes y los trabajadores capitalistas. Considerando que hay muchos tipos de trabajo que son no sólo monótonos y desagradables, sino también peligrosos para la vida y la salud, y que el objeto de la actividad económica no es tener que trabajar más, sino conseguir más riqueza y tiempo libre, no hay duda de que cuanto mayor sea la capacidad de los individuos y familias para obtener su ingreso como trabajadores capitalistas, mejor. Lo importante es alcanzar una autonomía productiva de toda la gente sin coerción en contra de los consumidores y los contribuyentes, y sin inflación.

Al atestiguar ante el Joint Economic Committee del Congreso en 1967, Walter Reuter, presidente de la asociación de trabajadores de la industria automotriz de los Estados Unidos, expresó la opinión de que una distribución de acciones a los trabajadores "ayudaría a democratizar la propiedad de la vasta riqueza de empresas en los Estados Unidos, que es hoy en día absurdamente antidemocrática y malsana".

Si los trabajadores estuvieran seguros de que tienen garantizada una participación de los beneficios de las empresas que los emplean, no sentirían la necesidad de buscar un equilibrio equitativo entre sus ganancias y los elevados beneficios a través de mayores incrementos en los niveles salariales. Esto sería un resultado deseable desde el punto de vista de la política de estabilización, puesto que el compartir los beneficios no incrementa los costos. Considerando que los beneficios son el residuo, una vez que se han pagado todos los costos, y que su cantidad no puede determinarse sino hasta que los compradores han pagado los precios estipulados para los productos de la compañía, el compartir los beneficios (distribuyendo acciones a los trabajadores) no tendría ningún impacto inflacionario sobre los costos y los precios.⁸

Si su vida no hubiese terminado antes de tiempo, Walter Reuther bien

podiera haber sido el primer líder de un sindicato industrial que comprendiera la lógica de la democratización de poder económico y aplicara sus técnicas para ampliar la propiedad del capital en las fábricas utilizando a los miembros del sindicato de trabajadores de la industria automotriz.

Esto es una lección para los líderes de los sindicatos de productores así como para los líderes políticos. Parafraseando a George Meany, quien pensaba que la política exterior tenía "una maldita importancia demasiado grande como para dejarla en manos del Secretario de Estado", la autonomía económica general a través de la democratización es un tema demasiado importante como para dejarlo en manos de los economistas unifactoriales cerrados.⁹ Le espera una gran tarea educativa a la nación que haya decidido emancipar económicamente no sólo a su fuerza de trabajo, sino a todos sus subproductores a través de la propiedad privada del capital productivo. Los sindicatos de productores deben cargar con una gran parte de la responsabilidad. Por fortuna, disponen ya de organizaciones incipientes.

En todo el bloque capitalista, millones de trabajadores rechazan la supervisión política y sindical sobre su vida laboral y su nivel de vida porque sienten que el sindicalismo no representa un poder económico pacífico, sino una coerción. El mismo amor de la libertad y la independencia hace que se vuelvan cada vez más impracticables las instituciones totalitarias en el bloque marxista anticapitalista.

Los costos de las ganancias unifactoriales de los trabajadores

Los logros de un siglo de sindicalismo en los Estados Unidos, sobre todo durante la segunda mitad de ese periodo, cuando las políticas económicas y los poderes de los gobiernos estatales y federal apoyaron activamente a los sindicatos, han sido reales. Pero resulta igualmente obvio que el precio de estas ganancias ha sido muy alto y sigue creciendo, y que este sistema no funciona de manera satisfactoria. Los sindicatos que han logrado por la fuerza los salarios más elevados han dejado seriamente baldadas a las industrias que los emplean; se trata de la industria automotriz, la manufactura y fabricación de acero, los ferrocarriles, el transporte marítimo, la construcción de viviendas, el transporte aéreo, la manufactura de radios y la de televisores, la de implementos agrícolas, la producción de maquinaria pesada, etcétera. Con muy contadas excepciones, incluso la prueba última de éxito dentro de una economía capitalista plutocrática --la cantidad de capital que uno ha acumulado-- está en contra de la gente trabajadora.

No hay duda de que las condiciones de trabajo han mejorado a lo largo de los años, pero, desde el punto de vista económico, la calidad de la vida de la mayoría de los norteamericanos va muy a la zaga en relación con la capacidad técnica que tiene la economía de producir comodidades, y aún más en relación con los deseos de los

consumidores, que quieren vivir una vida mejor en cuanto a lo que a economía de refiere. El eslabón perdido es el hecho de que la mayoría de estos bienes y servicios no producidos sólo pueden lograrse mediante el capital, y las personas que los necesitan no tienen la posibilidad de obtener un ingreso a partir de un capital propio.

Durante los últimos cincuenta años, la inflación ha destruido las tres cuartas partes del poder adquisitivo del dólar. La simple estabilización de la tasa de inflación no impide que el costo de los bienes y servicios esté hinchado de asistencia social e inflación. El éxito de la administración Reagan al reprimir la inflación por medio de desempleo, el déficit presupuestario y comercial no puede durar mucho tiempo. El cambio tecnológico, que disminuye la demanda de mano de obra e incrementa la oferta de trabajadores desempleados, avanza de manera inexorable, y no hay señales del único cambio que podría adaptarse con éxito a esta situación, esto es, no se ve aparecer la adopción y vigorosa aplicación de una política de democratización de la propiedad del capital.

En el pasado, el constante incremento en el tamaño y en la fuerza de los sindicatos obreros, junto con sus audaces demandas de una mayor compensación a cambio de una aportación de trabajo menor, han sido la causa principal del movimiento de fusión de empresas, aunque también ha sucedido lo opuesto. Allí donde la fuerza que se emplea es la coerción, se requiere un gran tamaño para enfrentarse en ese bestial combate por el poder. La autonomía, esa preciada cualidad de una sociedad libre y democrática, queda aplastada en el transcurso de la lucha.

La educación liberal, que debería convertirse en una influencia cada vez más básica e imperante en la vida de los ciudadanos libres a medida que la faena pesa menos sobre nuestros hombros y más sobre el capital, se ve arrinconada por demandas de una educación técnica que se requiere para preparar a individuos que han de ocupar puestos inventados y subsidiados.

A medida que avanza la tecnología, y que la pequeña elite de los trabajadores capitalistas se encarga cada vez más de la producción de los bienes y servicios, resulta más obvio cuán absurdo es que una proporción creciente de la población tenga un "empleo". El 95 por ciento de los norteamericanos no tienen nada más que vender que su fuerza de trabajo, por lo cual la calidad de sus vidas sigue viéndose afectada por una enfermedad que llamamos enajenación económica. Esta es la conciencia, que hasta ahora no había sido prácticamente expresada, de que la actividad productiva de la sociedad puede proceder sin uno; de que el individuo ha sido despojado de su virilidad económica por medio de la cual podía producir según su deseo de consumir; que tratan de disimular su impotencia económica por medio de "empleos" inventados, en lugar de curarla por medio de cambios institucionales que restaurarían la democracia económica a medida que

la tecnología traspasa del peso de la producción de los trabajadores de mano de obra a los de capital. Nuestra opinión es que ésta es la base real de la enajenación de la juventud del mundo entero. Se les lanza a un mundo donde -en este sentido económico tan crítico y básico-- no son ni serán necesarios, excepto para pelear en una guerra o dedicarse a alguna forma de pseudo trabajo artificialmente creado.¹⁰

El movimiento sindical, tanto por culpa de sus pecados como por sus omisiones, ha sido un factor decisivo para la concentración de la propiedad del capital. Ha tratado de proteger el incremento de la productividad de sus miembros, ideológicamente postulado, en lugar de su derecho a ser competitivamente productivos en formas que reflejen el estado actual de la producción. Con ello no ha demandado para sus miembros una igualdad de oportunidades económicas en la forma de una oportunidad igual y efectiva de adquirir un capital propio. Lo que es más grave es que, con el fin de garantizar un mejor nivel de vida para sus miembros, el movimiento sindical se ha visto obligado a defender la existencia de un incremento en la productividad del trabajo cuando no existe, por lo cual ha sido víctima de una estrategia equivocada por parte de la administración de las empresas y de las instituciones financieras. Se trata de las técnicas del financiamiento convencional que canalizan el aumento del capital, por raquíto que sea, hacia el pequeño porcentaje de familias que ya lo poseen todo.

Las medidas de "seguridad del empleo", como las que lograron los trabajadores de la industria automotriz en sus negociaciones de 1984, no son más que ejemplos de esa práctica miope de los sindicatos que consiste en proteger a sus miembros más antiguos en contra de la competencia de aquellos que buscan empleo. Durante el último medio siglo, los sindicatos y la administración han utilizado ampliamente las tácticas de desgaste para hacer que los jóvenes carguen con el peso del desempleo.

La democratización del capitalismo convierte el más basado en la redistribución en un más basado en una mayor producción y un mayor poder de ganancia. Así, los PAAEs y otras técnicas bifactoriales de financiamiento no alteran las metas originales del movimiento sindical, sino que lo legitiman. Pero incluso hacen mucho más. La redistribución tan sólo reestructura los medios para participar del producto de una economía finita. Convierte el exceso de riqueza en un incremento de subsistencia para otros. Pero la democratización del capitalismo y las herramientas para aplicar una política económica bifactorial no sólo protegen la propiedad de aquellos que ahora ya poseen capital, sino que convierten en trabajadores capitalistas a los que no lo tienen, con lo cual elevan su poder de ganancia y la capacidad productiva de la economía.

Notas

1. Todas las estadísticas de este párrafo provienen del New

- York Times, 3 de septiembre de 1984, p. 1.
2. Ibid.
3. U.S. Congress, Temporary Economic Committee, Investigation of Concentration of Economic Power, Hearings before the Temporary National Economic Committee pursuant to Public Resolution No. 113. Congreso 75, 3era. sesión, abril de 1940, pp. 16731-32.
Claro que, en cierto sentido esta afirmación sería cierta si habláramos del "poder en hombres" del dueño del capital.
4. Ibid., p. 16911.
5. Ibid., p. 16916. La Hermandad de los ferrocarrileros aún existe, pero la orgullosa industria que representa está casi socializada, víctima del fracaso de la sociedad cuando se trata de reconciliar a la gente y la tecnología. Los síndicos y abogados nombrados por la corte, en representación de los ricos accionistas y la ávida administración saquean los valiosos terrenos de su propiedad y venden sus edificios e instrumentos históricos a cadenas de restaurantes.
6. Charles Levinson, Capital Inflation and the Multinationals (New York:Macmillan, 1971), p. 51.
7. Samuel Gompers, Seventy Years of Life and Labor, Vol. (New York: E.P. Dutton & Company, 1925), p. 50.
8. U.S. Congress, Joint Economic Committee, Economic Report of the President, Hearings before the Joint Economic Committee, Congreso 90, 1a. sesión, febrero de 1967, pto. 4, p. 774.
9. New York Times, 19 de agosto de 1975, p. 31. Meany parafraseaba la observación que se atribuye a Talleyrand de que la guerra es demasiado seria como para dejarla en manos de los generales.
10. Ver Richard L. Rubenstein, The Cunning of History (New York: Harper & Row, 1975).